

Quien no escucha á esta Iglesia, no escucha á Dios; el que desconoce su autoridad, desconoce la autoridad del mismo Dios. Siendo la Iglesia un cuerpo, no puede dejar de tener una cabeza, y esta cabeza es el Romano Pontífice, sucesor de S. Pedro, y, por lo mismo, piedra sobre la cual está fundada la Iglesia. Pedro y sus sucesores fueron destinados á confirmar en la fe á sus hermanos; Pedro y sus sucesores fueron los escogidos para apacentar las ovejas y los corde-ros, es decir, los fieles y los pastores. Quien no está con Pedro, no está en la Iglesia; quien no vive sumiso al Romano Pontífice, no es verdadero cristiano; porque donde está Pedro, ahí está el Vicario de Jesucristo, ahí está la Iglesia de Jesucristo.

El Papa señala á los Obispos los fieles á quienes deben dirigir y gobernar inmediatamente. Los Obispos, pues, son los pastores del rebaño del Señor, y los párrocos y demás sacerdotes son sus auxiliares. Si las ovejas desoyen la voz de su propio pastor, corren riesgo de hundirse en terribles precipicios. Jesucristo hablando de los legítimos pastores de su rebaño, dice: *Qui vos spernit, me spernit*: el que á vosotros os desprecia, á mí me desprecia. ¿Qué diremos, pues, de los que oyen con el mayor desprecio la voz de los sacerdotes, de sus párrocos y de sus Obispos? ¿Qué diremos de los que se glorian de ser rebeldes á la Iglesia y á sus santas leyes? Esos hombres, por mas que quieran pasar plaza de religiosos, no tienen religión, desprecian á Jesucristo; y de rebelion en rebelion, de exceso en exceso, correrán hasta precipitarse en los infiernos. Respetad, pues, á la Iglesia, obedeced á su Cabeza visible, que es el Papa, escuchad con docilidad la voz de los Obispos, que son nuestros pastores, recibid con gratitud las instrucciones de los ministros del altar, como auxiliares que son de los obispos.

Jesucristo nos manda, que demos al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; es decir, que siendo ciudadanos y cristianos, cumplamos con los deberes que nos obligan con respecto á la autoridad secular, y con los deberes que nos obligan con respecto á la autoridad eclesiástica; á una y otra debemos respeto, amor, obediencia, sacrificios y todo lo demás que puede considerarse como un elemento esencial de una sociedad bien ordenada. Ved ahí lo que debemos á Dios, y lo que debemos al César. Dando á cada uno lo suyo, tendremos paz y dicha en la tierra, y dicha completa en el cielo, como os la deseo. Amen.

AVARICIA.

I.

Eccce homo hydropicus erat ante illum.

Se puso delante de él un hombre hidrópico.

(Luc. xiv, 2.)

No sin razon han observado los santos Padres, que las diferentes enfermedades de que adolecian los que eran presentados á nuestro Señor para que les diera remedio, figuraban las enfermedades del alma, que Jesucristo curaba al par que las del cuerpo. Así el hidrópico, que, segun refiere el Evangelio de hoy, fué curado por Jesucristo, es la triste y expresiva figura de una alma dominada por la avaricia, por el amor á los bienes de la tierra. En efecto; así como la hidropesía procede de una acumulacion de humores que produce una sed insaciable, así tambien la avaricia es comunmente el efecto de la abundancia de bienes de fortuna, que á proporción que van en aumento, dan origen é intensidad al deseo de acrecentarla mas y mas. Y así como la hidropesía es una enfermedad difícil de curar, y aun se convierte en incurable cuando ha llegado á cierto grado, así la avaricia, una vez arraigada en el alma, es un vicio difícilísimo de corregir. Por eso vemos en el Evangelio, que los fariseos no querian escuchar á Jesucristo ni aprovecharse de su doctrina, por que eran avaros: *Deridebant eum, quia avari erant?* Luc. xvi.

A pesar de todo ¿debemos desconfiar de la salvacion de los avaros y abandonarlos á su triste suerte, como se hace con los hidrópicos, de cuya curacion se desespera? No, hermanos míos; el mismo médico, que curó al hidrópico del Evangelio, posee remedios eficacísimos para curar esa enfermedad del alma, cuya gravedad y desastrosos efectos me propongo exponeros hoy. Pero es absolutamente indispensable, ante todo, que esos enfermos se convenzan de

su enfermedad y deseen aplicar el correspondiente remedio. Ved aquí, oyentes, porque debo empezar por manifestarles la gravedad de su pecado y de su desgracia. El Espíritu Santo declara, que un avaro es lo mas detestable: *Avaro autem nihil est scelestius*. Eccli. x, 9. Y en efecto, os convencereis de esta verdad al observar, que el avaro es impío con respecto á Dios, duro é injusto con el prójimo, y cruel consigo mismo. Demostraré éstas tres verdades, que ofrecen un cuadro fiel de los caracteres del avaro. Para el acierto imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los bienes de la tierra son dones de Dios: su divina Providencia los concede á los hombres para atender á las necesidades de la vida. Así, pues, la posesion de estos bienes, y aun el deseo de adquirirlos para este objeto, no es un pecado. Lo que Dios reprueba y condena en los hombres es el excesivo apego á esos bienes, apego que nos incita á buscarlos con ahinco cuando no se poseen, ó á disfrutarlos con excesiva aficion cuando los poseemos. Ese apego desordenado se llama avaricia, pasion ciega y detestable, que domina á los hombres sin excepcion de clases ni condiciones. Ricos y pobres son á la vez víctimas de la avaricia, pues si bien hay ricos cuya pobreza de espíritu les quita todo apego á los bienes materiales, hay tambien pobres en cuyo corazon domina la codicia, en virtud de la cual tienen mas apego á los pocos bienes que poseen, que ciertos ricos á sus tesoros; y no solo esto, sino que ademas apelecan con pasion las riquezas, y no perdonan medio para adquirirlas. Y como en cualquier estado que la avaricia domine el corazon del hombre, le hace culpable delante de Dios, porque lleva en sí un carácter de impiedad y desazon, por esto me propongo definírosla y explicárosla para que la detesteis tanto como se merece.

Los que viven olvidados de Dios, los que desconocen al autor de los bienes, los que anteponen á Dios bienes fugaces y mezquinos para convertirlos en ídolo, sin consideracion al único Sér digno de adoracion, ¿no revelan en todos estos actos un carácter de malicia y de impiedad, que merece vuestro odio? Pues bien: tal es el carácter de la avaricia; y en prueba de ello, no teneis mas que examinar la idea fija y dominante, la ocupacion continua del avaro. No piensa mas que en las riquezas y bienes temporales; si no los posee, trata de adquirirlos á todo trance; y si los posee, se desvive por conservarlos intactos y allegar nuevos tesoros. La codicia le estimula á sacar provecho de todas las ocasiones de medrar y enriquecerse; y, en este caso, aspira á su objeto, sin reparar en medios, sean licitos

ó ilícitos. En vano manifestareis al avaro, que no ha venido al mundo para adquirir una fortuna perecedera; en vano le hablareis de Dios, para que le venere y glorifique; del paraiso, para que aspire á conseguirlo; y del infierno para que se precava de sus rigores, todo es inútil; el sonido del metal, que resuena en sus oídos, le hace sordo á la voz de la gracia, que le habla. Al ver al avaro enteramente ocupado en el cuidado de conservar y aumentar sus bienes, nadie diria sino que ha de vivir eternamente: pasan dias enteros sin pensar en Dios; ó si piensa en él algun instante, rezará á lo mas una breve oracion, sin dejar de tener el entendimiento ocupado en escogitar medios para aumentar sus bienes. Si se le habla de frecuentar los sacramentos, dice, que no tiene tiempo para ello; pero si se le propone una excelente adquisicion, algun regular beneficio, entónces ya es muy distinto: tiene tiempo de sobra. En una palabra, el avaro vive en un absoluto olvido de Dios y de su salvacion; siempre encorvado hácia la tierra, no piensa mas que en la tierra, no habla mas que de la tierra, porque todo en él es terrenal.

Todos los bienes que poseemos nos vienen de la mano liberal de Dios; pero el avaro, en vez de agradecersele y pagarle el tributo de accion de gracias que le debe, se los atribuye á sí propio, á su trabajo y á su industria. En vez de cifrar su confianza en Dios, desconfia completamente de su Providencia; al ver el afan con que ahorra y acumula riquezas, cualquiera diria, que no espera el menor auxilio de Dios, como si el Sér supremo no se cuidase de los hombres y los abandonara á los caprichos de la suerte. Jesucristo nos advierte, que no nos acongojemos por el afan de procurar nuestra subsistencia, ó de proporcionarnos vestidos para cubrir nuestro cuerpo; mas el avaro anda siempre desasosegado y temeroso de lo que puede acontecer; y cuenta mas con su tesoro, con sus ahorros, que con la providencia de Dios. ¡Qué injuria! ¿Y no podrá decirse, que el avaro desconoce al autor de sus bienes?

La impiedad del avaro va todavía mucho mas léjos; prefiere á Dios los bienes frágiles y perecederos, convirtiéndolos en ídolo, al que paga el tributo de su amor y su respeto. Sondeemos por un instante su corazon y examinemos su conducta. Si para asegurar el éxito de sus negocios es necesario emplear la mentira, la injusticia, el perjurio, el dolo, las vejaciones, y otros mil crímenes que la avaricia acarrea, nada le importa; con tal que se enriquezca y acumule bienes, poco le importa ser criminal; y en su imposibilidad de servir á dos amos, prefiere las falaces seducciones de la codicia á las ventajas positivas de una vida santa é irreprochable. Renuncia á la posesion de

Dios por la del dinero. Y ¿no puede esto calificarse de idolatría, cuando el apóstol S. Pablo no halla inconveniente en decir, que el avaro es un idólatra? Por otra parte, no deja de ser notable la semejanza que media entre un avaro y un idólatra. Los dioses de los idólatras son de oro y plata, como dice el Profeta; aquellos pueblos ciegos daban incienso á unas estátuas de esos metales; pues bien, ¿qué hace el avaro sino entregar su corazón al oro y á la plata?

Vosotros, amados hermanos míos, os estremeceis sin duda al recordar la indigna traición de Judas, de este apóstol pérfido, que llegó al extremo de vender á los judíos en treinta dineros al Maestro mas tierno, mas digno de su respeto y amor. ¿Cuál fué el móvil de tan horrible atentado? ¿Estaba acaso Judas descontento del Salvador? No, amados oyentes, Jesús no le habia hecho mal alguno; le escogió para discípulo, hizole la gracia de que presenciase sus milagros, y le dió á conocer en repetidas circunstancias su divinidad y su ternura; pero Judas tenia apego al dinero, y halló ocasion para adquirirlo, vendiendo á su Maestro. ¡Oh detestable pasión! ¿á qué extremos puedes arrastrarnos? ¡Cuán cierto es que los que ceden á su incentivo, caen presto en los lazos del demonio, sin que en semejante estado puedan lisonjearse de vencer cualquiera tentación, como dice el Apóstol, y de no cometer los mas horribles crímenes! Y ¿cuántos no habeis ya cometido vosotros, los que os dejais tiranizar por la codicia? ¿Cuántas veces habeis infringido la ley del Señor para satisfacerla? ¿Cuántas habeis vendido á Jesús vuestro Maestro como el pérfido Judas, quizás por una cantidad menor que la de treinta dineros? ¿Qué quereis darme, dirá un codicioso, y os vengaré de ese enemigo? ¿Qué quereis darme, dice un abogado ó un juez, y os sacrificaré el derecho de la parte contraria? El avaro es, por consiguiente, un monstruo de impiedad con respecto á Dios, y es duro é injusto con el prójimo.

2. La justicia nos manda devolver á cada uno lo que le debemos, y nos prohíbe quitarle ó cercenarle cosa alguna de su propiedad; pero la caridad nos induce á hacerle partícipe de nuestros bienes, como quisiéramos serlo nosotros de los ajenos. Estas virtudes no tienen cabida en el corazón del avaro; el avaro no conoce la caridad con el prójimo, y hasta desatiende los derechos de la justicia, apoderándose de lo que no le pertenece; de suerte, que su conducta, además de ser dura é injusta, le hace indigno de estar en sociedad de los hombres. La caridad nos induce á hacer al prójimo partícipe de nuestros bienes; pero el avaro, mezquino y tacaño de suyo, todo lo quiere para sí. Para los demás tiene entrañas

de bronce y corazón de mármol. La indigencia del prójimo no le conmueve; si se le pide algún socorro, lo niega despiadadamente, ó, cuando mas, manifiesta estériles sentimientos de compasión; y recelando siempre que le ha de faltar lo necesario, no quiere ceder siquiera una mínima parte de lo superfluo. Si los pobres acuden á su puerta para pedirle un alivio en su miseria, son despedidos sin piedad, y á veces con irritante desprecio y con palabras ofensivas. Ved el retrato del avaro en el Rico avariento del Evangelio. Hubo cierto hombre muy rico, que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y daba cada día suntuosos banquetes, mientras el mendigo Lázaro, cubierto de llagas, pedía al rico avariento las migajas que caían de la espléndida mesa, y el rico se las negó inhumanamente; su corazón fué insensible á la voz del mendigo, cuya necesidad podía satisfacer sin el menor menoscabo. Luc. xvi, 19, 20 et 21. ¿No os reconocéis en esta pintura, ricos avaros, cuyos beneficios imploran cada día los pobres acosados por el hambre y por la crudeza de las estaciones, que les reducen al último apuro? ¡Oís los ayes que exhalan, las quejas en que prorrumpan, y no os enterneceis, y les despedís sin darles el menor socorro! ¡Qué dureza! ¡qué insensibilidad! ¿Dónde está la caridad que para vosotros quisierais si os encontráseis en iguales circunstancias?

Veamos ahora otro rasgo de la crueldad del avaro con respecto al prójimo. ¿Cuál es la causa de las injusticias que se cometen en el mundo? La codicia. El avaro se apodera con la mayor indiferencia del bien ajeno, sin que se resuelva nunca á efectuar la restitución; pero ¿es extraño, acaso, que un avaro procure enriquecerse á expensas de otro? La astucia, la violencia, la concusión, hijas naturales de la avaricia, les sirven de auxiliares para el éxito de sus designios, ora prevaleciéndose de una venta ó de una compra, ora cometiendo el fraude en la calidad de lo que ha de entregar, ora en el precio que debe pagar, y del que retendrá una parte si puede hacerlo, sin que nadie se aperciba de ello, y ya tambien se prevale de contratos usurarios para sacar utilidad de su dinero; mas para evitar la vergüenza inherente á su crimen, hace de modo, que no aparezca el fraude en los contratos, que disimula con el nombre de otros actos usados entre los hombres. Ya defrauda una deuda á su acreedor, ya procura diferir cuanto le es posible el pago con falsas excusas y pretextos. A veces exige de un deudor mas de lo que le debe, so pretexto de haber aguardado algún tiempo; escatima á sus operarios ó criados el jornal ó salario, pretextando falsos motivos, que á su avaricia nunca le faltan. Para el avaro no hay sentimientos; por esto se hace sordo

á las exclamaciones de la mujer, de los hijos, de los criados; y daría un ojo de la cara por no pagar las cuentas que se le presentan y cuyo pago no puede rehusar. Todo esto altera con frecuencia la tranquilidad de las familias, y trae en pos de sí las desavenencias y los excesos consiguientes.

Mas si el avaro conoce que no bastan la mentira y la astucia para apoderarse del bien ajeno, no reparará en apelar á la violencia, á la vejacion y la concusion; se prevendrá de la amenaza ó de la fuerza para que se le entregue lo que no puede adquirir de otro modo; oprimirá á la viuda y al huérfano para privarlos de la subsistencia; apremiará de mil modos al que sea impotente para oponerle resistencia; le arruinará con un pleito injusto, apelará á toda clase de rigores para obligarle á ceder una heredad que codicia. Así procedió en otro tiempo Acab para apoderarse de la viña del pobre Nabot; éste se negaba á cederla porque era la herencia de sus padres, pero el rey mandó darle muerte y se apoderó de la heredad. El avaro se aprovechará de la necesidad de un hombre para obligarle á ceder sus bienes á vil precio; y todavía ¿cómo lo pagará? ¡Ah! ¡cuántas veces el precio se ha cobrado ya en adelantos hechos y pagados á precio exorbitante! En vista de los excesos á que arrastra esa pasion detestable, bien podremos llamarla, con el Apóstol, raíz de todos los males: *Radix omnium malorum cupiditas*. TIMOTH. VI, 10. Esta pasion lo perturba todo, separa al amigo del amigo, al hijo del padre, é introduce la discordia entre los parientes. Todas las contestaciones, las disputas que se suscitan entre los hombres, proceden, generalmente, dice el apóstol Santiago, de un sórdido apego á los bienes, de un espíritu interesado á que se tiene íntimo cariño. ¡Ah, hermanos míos! desterrad de vuestros corazones este desordenado interés.

Dios no nos concede en este mundo los bienes de fortuna sino para que nos sirvamos de ellos y los utilicemos para conseguir los bienes de la eternidad; sin embargo, las riquezas, que acumula el avaro, solo sirven para hacerle infeliz en este mundo y mas infeliz aun en la eternidad: hé aquí como la crueldad mayor, que puede un hombre ejercer contra sí propio, es la de dejarse dominar por la avaricia. Decidme sino, hermanos míos: ¿en qué consiste la felicidad del hombre en este mundo? ¿qué puede hacerle dichoso? La felicidad consiste en contentarse cada uno con su suerte, y gozar tranquilamente de sus respectivos bienes de fortuna; por esta razon el avaro, como nunca se dá por satisfecho, y de sus riquezas no saca provecho alguno, es en cierto modo mas infeliz, que si no tuviese cosa alguna. Para que uno esté contento con su suerte, se requiere que

no apetezca ni tema nada; porque el temor y el deseo perturban la tranquilidad del corazon humano. Pues bien; el avaro es de continuo presa de estas dos pasiones, pues codicia lo que no tiene en su poder, y teme perder lo que posee: codicia lo que no tiene en su poder, porque su insaciable codicia nunca se da por satisfecha: *Insatiabilis oculus cupidi*. ECCLI. XIV. Por considerables que sean sus riquezas, quisiera todavía acrecentarlas. ¿Habeis visto alguna vez, hermanos míos, un avaro que esté contento? Dadle oro, y su aficion al oro va en aumento; dejad que adquiera una nueva posesion, y todavía deseará mas; codiciará aun tal ó cual hacienda, casa, campo ó prado que es propiedad de otro. Pues bien, si la felicidad consiste en que se vean satisfechos nuestros deseos, ¿cómo puede ser feliz el avaro acosado por la codicia y la desazon?

Y si á la ambicion que domina al avaro, añadimos los medios que emplea para satisfacerla, ¿podremos concebir una vida mas miserable que la suya? Mil proyectos le preocupan á un tiempo y no le dejan un momento de descanso. ¿Cómo lo haré, se pregunta á sí propio, para obtener tal ó cual objeto que apetezco, para llevar á buen término este ó aquel negocio, y para ganar, por ejemplo, un pleito? Y para realizar sus pretensiones ha de andar viajando tal vez en épocas incómodas y rudas; es preciso solicitar protecciones; conviene sufrir desdenes, y se corre acaso grave peligro de perder ó quebrantar en gran manera la salud; el avaro, sin embargo, sobrelleva todas estas incomodidades de la vida, vida que la pasa, por lo comun, deseando lo que no tiene, y viendo frustradas las esperanzas por cuya realizacion tanto se ha afanado. ¡Si á lo menos supiera gozar de los bienes que posee! pero el temor de perderlos le desazona tanto como el deseo de adquirir los que no tiene. ¿Puede darse situacion mas infeliz, que la de poseer tesoros y no disfrutarlos, tener á mano todas las comodidades de la vida, y privarse hasta de lo mas necesario? Esto es ser pobre en medio de las riquezas, esto equivale á tener hambre en medio de la abundancia.

Así vemos que algunos, á pesar de vivir en la medianía y en la pobreza, son mas felices y están mas contentos que los ricos y poderosos; saben aprovecharse de lo poco que tienen sin darse tanto afan ni cuidado como los otros: *Melius est modicum justo super divitias peccatorum multas*. PSALM. XXXVI. Sin embargo, la desgracia mayor del avaro no está en la tierra; lo mas sensible es, que sus bienes solo sirven para hacerle infeliz por toda la eternidad: ¡Ay de vosotros, ricos del siglo! decía en otro tiempo el Salvador: *Væ vobis divitibus!* LUC. VI. Si quereis saber los motivos en que fundaba Jesucristo este

anatema, oído y estremeceos; y estoy seguro de que os estremeceis por poco que sea el resto de fe que guarde vuestro corazón. ¡Ay de vosotros, continúa diciendo el Salvador, porque será mas difícil que entre un rico en el reino de los cielos, que hacer entrar un camello por el agujero de una aguja! *Facilius est camellum per foramen acus transire, quam divitem intrare in regnum Dei!* MATTH. XIX. Pues qué ¿acaso la riqueza es incompatible con la salvación? No, amados hermanos, las riquezas no son por sí propias un obstáculo para salvarnos; mas aun, pueden ser un excelente medio que coopere á nuestra salvación si hacemos de ellas el debido uso y aplicación. Ricos habrá en el cielo como habrá pobres en el infierno; pero serán los ricos que no habrán tenido apego á sus riquezas, y que las emplearán dignamente, haciendo partícipes de ellas á los pobres. ¿Cuáles son, pues, los ricos á los que cierra Jesucristo las puertas de su reino? Son los ricos avaros; éstos, dice el Apóstol, no tendrán jamas cabida en el reino de Dios: *Avarus non habet hæreditatem in regno Dei:* EPHES. V. Recordad el ejemplo del Rico avariento de quien os he hablado. Este infeliz, dice S. Gregorio, no defraudó ni se apropió los bienes ajenos; mas porque tenia excesivo apego á las riquezas, porque no las empleaba cual correspondía, porque no socorria á los pobres, el Rico avariento, despues de su muerte, fué sepultado en el infierno: *Sepultus est in inferno.* LUC. XVI.

Tal será vuestra suerte, ricos avaros, que siendo bastante duros de corazón para no doleros de la miseria de vuestros semejantes, dais á vuestros deseos la ilimitada extensión que la codicia les franquea. Algun dia tendreis que separaros de vuestras riquezas á pesar vuestro, y habreis de dejarlas á herederos desagradecidos, que no podrán daros el menor alivio en medio de los tormentos que estareis sufriendo. Entónces se os dirá lo que al Rico avariento: Se os dieron riquezas: *Recepisti bona,* y sin embargo las habeis empleado de un modo indebido; pues bien, estais condenados por toda la eternidad á sufrir los rigores de la mas terrible miseria, á ser presa de un fuego abrasador y de agudísimos dolores, sin esperanza de que tengan un término, sin esperanza de recibir jamas el menor consuelo, ni siquiera una gota de agua para emplear la sed que os abrasará. ¡Necios! ¿Por qué os dais tanta desazon por adquirir bienes que no podreis llevaros? ¿qué seria de vosotros si esta noche se os exigiese cuenta de vuestra alma? Vuestros bienes quedarán en poder de los demas, y para vosotros solo os quedará el infierno. Pero el avaro no puede sufrir que se use con él este lenguaje, y pone el sello á su reprobación la circunstancia particular de que su pasión se convierte en un obstáculo casi invencible

para su enmienda. Si, amados hermanos; la avaricia es uno de los vicios mas incorregibles, porque ciega y vuelve duro de corazón al que se deja dominar por este vicio: el avaro es siempre el último en apercibirse de un defecto propio que todos le echan en cara. Si dejamos que ellos clasifiquen sus propios actos, dirán, que su vicio no es mas que una economía prudente, y una precaución necesaria; en lo cual nunca creen pecar por exceso. De ahí procede la dureza de corazón en que incurre el avaro; como solo tiene apego á la tierra, y como el hombre se identifica con lo que apetece, el avaro es un sér completamente terreno, no se deja impresionar por los bienes del cielo, es insensible á los impulsos de la gracia, no presta oído ni á los remordimientos de su conciencia ni á los consejos de sus amigos. Si alguna vez se reconoce culpable, no por esto se presta á detestar el vicio que le domina; la edad á cuya influencia ceden la viveza y la intensidad de las pasiones, solo sirve para dar creces á la pasión del avaro. Cuanto mas se aproxima á la tumba, mas se apega á la tierra, porque este vicio, cuando ha echado hondas raíces en el corazón, es muy difícil de arrancar, y prepara la impenitencia final. Un ejemplo de esta verdad encontrareis en el pérfido Judas, quien, despues de vender á su divino Maestro, no quiso confesar su culpa, cuyo perdón podia conseguir aun: cediendo á la desesperación, se colgó de un árbol, dando al demonio su cuerpo y su alma.

Temed avaros, que me estais oyendo, temed por vuestra alma, si no arrancais del corazón el vicio de la codicia que os apega á los bienes materiales, que os hace dar al olvido á Dios y vuestra salvación, que os vuelve insensibles á la miseria de los pobres y que os ha hecho cometer gran número de injusticias. Algun dia tendreis que separaros de vuestros bienes y riquezas, algun dia tendreis que devolver vuestro cuerpo á la tierra, y entónces el alma bajará á los infiernos. Hé aquí el horrible fin que os aguarda, hé aquí el afrentoso término que tendrán vuestros afanes y desvelos por enriqueceros. La vida infeliz y desgraciada que os dais en el mundo, os proporcionará otra mas infeliz todavía en la eternidad. ¡Necios! ¿cómo se concibe que no comprendais mejor vuestros verdaderos intereses? Cobrad afición á otros tesoros, á los tesoros de virtudes y méritos para el cielo, tesoros que ni se apolillan, ni se pierden, tesoros de que nadie puede despojarnos. Pensad en el desgraciado fin que tuvo el mal Rico que está ahora en el infierno, y que quisiera librarse ahora de su castigo por medio de la limosna. No paseis ningun dia sin ejercitaros en obras de misericordia, no os deis por satisfechos con las ocasiones que se os presenten, buscad las que parecen mas remotas

para obrar el bien, y Dios, que no deja sin recompensa el vaso de agua que se da en su nombre al sediento, tendrá en cuenta vuestros méritos para usar con vosotros de misericordia. Así sea.

AVARICIA.

II.

Beatus qui post aurum non habuit, nec speravit in pecunia et thesauris.

Bienaventurado aquel que no anda tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero y en los tesoros.

(*Eccl. xxxi, 8.*)

Tan universal es la codicia, que con razon le pareció al Sabio especie de prodigio, si se hallase un hombre que no librara su esperanza en sus tesoros. La avaricia reina en todos los estados, y extiende su imperio á todos los corazones. ¡Cuántos arrepentimientos excusaria un poco de reflexion sobre la índole de esta dolencia! pero, entre todas las pasiones, la avaricia es la que ménos se conoce. Ninguno hasta ahora ha confesado, ni aun ha conocido, que es avariento. Unos disfrazan la avaricia con nombre de economía, otros con el sobreescrito de prudencia, algunos lo cubren con el honrado manto de la moderacion, y muchos quieren persuadir que es necesidad. Tan irracional y tan odioso es este vicio, que no tiene cara para dejarse ver con su verdadero nombre. Vicio sórdido, vil, infame, le llama S. Juan Crisóstomo. Vicio injurioso á Dios, odioso á los hombres, sumamente pernicioso á los avaros, le llama Sto. Tomás. Raiz de todos los pecados le llama el Espíritu Santo. Contra este vicio levantaré hoy mi voz, y para que le detesteis, os ponderaré dos de sus funestísimos atributos. Quiero haceros ver que ciega el entendimien-

to en tanto grado, que el avaro no conoce que lo es; y que endurece de tal suerte el corazon, que aunque lo conozca, no procura dejar de serlo. En dos palabras: el avaro vive sin conocerse, y muere sin arrepentirse. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. La avaricia se introduce en el corazon de los hombres con tal disimulo, que ellos mismos no lo advierten. ¿Quién, en efecto, se reconoce y confiesa avaro? Todos, exclama Jeremías, todos, desde el mayor hasta el menor, aman las riquezas: *A minore usque ad majorem omnes avaritiæ student.* JER. VI, 15. No hay condicion, estado, ni sexo que se exima de la infeccion pestilente de la avaricia. Los pastores de Abraham y de Lot riñen por los pastos de sus ganados. GEN. XIII, 7. Nabal niega con aspereza los socorros que le pide David con necesidad y cortesía, I. REG. XXV, 10. Adonías piensa quitar á su hermano Salomon la corona, Judas, so pretexto de caridad, reprende como profusion la piedad de la Magdalena para enriquecerse. JOANN. XII, 5. Los hijos del sacerdote Helí arrebatan de las manos de los fieles las víctimas que debieran ofrecer á Dios en holocausto. I. REG. II, 14. Jezabel usurpa la viña al pobre Nabot. III. REG. XXI, 7. Todos son esclavos de la avaricia: *A minore usque ad majorem omnes avaritiæ student.* Sin embargo, no hay quien se reconozca y se confiese avaro. Lo mismo que el enfermo que delira, que no conoce la enfermedad que padece, ni quiere tomar las medicinas que el médico le ordena, sino que pensando estar bueno, pide á todas horas la ropa para levantarse de la cama; así los avaros, oscurecida la razon, no conocen el vicio de que adolecen. ¡Pobres ciegos! ha caido sobre ellos la maldicion que echó el real profeta. Se han hecho semejantes á los ídolos de oro que fabrican, pues como ellos tienen ojos y no ven: *Oculos habent, et non vident.... Similes illis fiant, qui faciunt ea.* PSAL. CXIII, 5 et 8. ¡Infelices! Vuestra enmienda es imposible, á ménos que veais la deplorable miseria á que os ha reducido vuestra avaricia. Y ya que no podeis verla en sí misma, miradla claramente en los efectos que la atribuye el angélico doctor.

El primer efecto y señal de la avaricia es una insensibilidad habitual, una dureza de corazon para con los pobres. Un avaro es malo para sí mismo: ¿cómo, pues, ha de ser bueno para los demas? Regatea para sí lo necesario: ¿cómo, pues, dará á otros lo supérfluo? Si crece el número de los pobres, si gimen todos, tambien él se lamenta de que es pobre. Mira con ojos envidiosos la prosperidad de unos, y ya que no puede usurparla, á lo ménos se cree dispensado de la obligacion de socorrer la miseria de otros. En su concepto, los pobres